



TEMAS HUMANISTICOS

Vigencia de las humanidades en el mundo actual

Carlos Uribe Celis

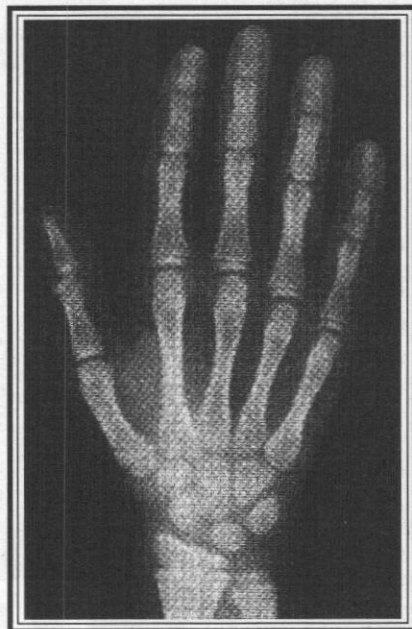
*Profesor titular de la Universidad Nacional,
Departamento de Sociología*

En reciente artículo, de esos que parecen escritos al tenor de un testamento, literario en este caso, Don Germán Arciniegas decía que toda gran nación necesita de guerreros, científicos, héroes, grandes líderes y, en la misma medida, de poetas. ¿Cómo no?

Platón, por contraste, que escribió con una extraña intención de santo asceta, enemigo del *ludus*, de la imaginación y de la creatividad y neurótico perseguidor de la verdad, una supuesta verdad ideal -por demás-, y enamorado él de una belleza confundida con el brillo de la verdad, su verdad, lo que él creyó verdad -muy poéticamente, además- incurrió, sin embargo en el desprecio y denigración de los poetas, es decir, de los constructores de mitos y por tanto de la religión, en nombre de una ciencia, la suya, cuya verdad estaba en el cielo, o sea, en la religión misma. Paradójicamente, para explicarnos su verdad, Platón construyó mitos, como el de la caverna. Más tarde al exponernos su política desterró a los poetas de su República ideal. En resumen, un centón de contradicciones verdaderamente dialéctico, a pesar de los esfuerzos lógicos y sublimemente filosóficos del egregio discípulo de Sócrates.

Apartándonos de Platón, hemos de reconocer que si no fuera cierto que toda gran nación necesita de un poeta tanto como de un gran líder o de uno o más grandes científicos, es cierto, en cambio, que toda gran nación, en sus grandes horas históricas ha tenido poeta o poetas o ha echado mano de poetas suyos nacidos en el pasado. Italia avanza invocando a Dante, a Virgilio, a Horacio, a Cátulo, a Leopardi. Grecia se construyó al ímpetu de Homero y al influjo de sus grandes trágicos. La grandeza política, militar, social de España coincidió con la galería literaria del siglo de oro: Cervantes, Lope, Quevedo, Góngora, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz. ¿No es Goethe cifra y blasón de Alemania, como Heine o Hölderlin? ¿Y qué decir de Shakespeare o de Whitman o de Villon y Victor Hugo o de Darío o de Borges?

Inglaterra en el siglo XVIII, mientras ponía las bases



del Imperio y en el siglo XIX, cuando lo consolidaba, institucionalizó la pensión, la subvención económica de sus poetas: un Coleridge, un Alexander Pope, un Wordsworth. Todos ellos eran subsidiados por la nobleza. Se les asignaba una pensión vitalicia desde su juventud, una vez comprobadas sus promisorias capacidades, para que dedicaran su vida a la poesía, subsidios con los cuales se pretendía el engrandecimiento de la patria. Tal mecenazgo institucional acaso nos sorprenda hoy, en un mundo que solo quisiera apadrinar a los constructores de la bomba atómica o de las armas biológicas o de cualquier otra arma colosal y masivamente letal, y que a duras penas retribuye a los investigadores que inventan productos de gran mercado y de máxima rentabilidad.

La poesía, la gran poesía, la gran ficción literaria, el arte en sus variadas formas, son, ciertamente, porciones nobles del territorio de las Humanidades. En una discusión como ésta sobre el papel de las Humanidades conviene definir, así sea provisoriamente, lo que ellas son. Digamos que las

humanidades son todas aquellas disciplinas o artes cuya intención consiste en **revelar o en exaltar el ser y las potencialidades y logros del espíritu humano**. El espíritu humano es, por su parte, aquella cualidad noble que eleva al **hombre por encima de sus necesidades animales**, que acaso constituyen la mayor parte del ser y el quehacer humano. Las necesidades animales del hombre no logran de todos modos absorber la totalidad del ser humano ni tomado genéricamente ni asumido individualmente en cada una de sus acciones o modos de ser, pues sabido es que aún las necesidades primarias del hombre se satisfacen de una manera no totalmente animal, contienen un elemento social, cultural y espiritual.

Aceptar esta definición implica que **no toda** actividad que se ocupe del hombre -¿y bueno, cuál actividad humana no se ocupa finalmente del hombre?- es, solo por ello, arte o parte de las humanidades. La biología humana, la biología molecular humana, la genética humana, por ejemplo, se ocupan ciertamente del hombre, pero no por ello, son parte de las humanidades. Pero es que, en mi concepto, ni siquiera la sociología, cuando ella procede de una manera puramente técnica -o acaso peor, tecnocrática- debe considerarse inserta en las humanidades. Tampoco la sicología puramente clínica y guiada por una pulsión estrictamente positivista y acaso ni siquiera aquella historia embebida en la reconstrucción "arqueológica", por decirlo así, de un episodio sobre el cual no se reflexiona para valorarlo en el sentido sublime de la palabra o para apropiárnoslo como una pauta de nuestro proyecto vital. **No puede entonces haber humanidades sin referencia al espíritu**, de donde se deduce, como venimos sugiriéndolo, que la simple referencia al hombre como "objeto material" no basta.

Una consecuencia adicional de este planteamiento es que toda porción de las humanidades está imbuida de ejercicio filosófico, especializado o espontáneo, y que por tanto la filosofía, la inquisición sobre el ser, o mejor, sobre la intelección del ser por el hombre, si no para el hombre, es la reina de las humanidades. Las artes son humanidades en la medida en que ellas apuntan al espíritu para expresarlo o para inquirirlo y en esa medida involucran

una perspectiva antropológica-filosófica.

Históricamente, las humanidades en Occidente, más allá de Grecia, tuvieron su gran florecencia en el Renacimiento, que, por ende, fue el Renacimiento de la antigüedad griega y clásica. El Renacimiento marcó la hora del "humanismo" y de los "humanistas". Los humanistas fueron filósofos que en esa encrucijada histórica de los siglos XV a XVII volvieron sus ojos a la antigüedad clásica, manejaron el griego, el latín y, adicionalmente, el hebreo y cuestionando la escolástica y la tradición eclesiástica revaloraron el papel del hombre en la tierra, a quien consideraron completador de la obra de la creación, hijo de Dios, más que siervo suyo, revaloraron el trabajo, justamente también como la oportunidad de contribuir a la obra divina.

Igualmente, al influjo de la nueva cosmología heliocéntrica de Copérnico, de una cosmología proyectada hacia los conceptos de universo infinito y de multiplicidad de mundos de Giordano Bruno y, en fin, de una nueva cosmología matematizada por Galileo, los humanistas intentaron revalorar también la tierra, el mundo terrenal, la ciudad terrena, como un espacio propio del hombre y no simplemente como el antiparaiso, según lo entendiera la Edad Media. Los humanistas manosearon la Biblia y la tradujeron rompiendo el monopolio sobre ella del Papa y de la iglesia católica. De aquí, el interés humanístico por el hebreo, pero también por las traducciones a lengua vernácula de la "versión de los 70" y de la Vulgata. Allí descollaron Erasmo de Rotterdam, el príncipe de los humanistas; Lutero, un reformador a caballo entre el mundo anterior medieval y el mundo mismo de los humanistas. Los humanistas proponen una reforma política y religiosa de la cristiandad: Desciende en este punto la obra de Erasmo. Los humanistas sueñan con mundos distintos, comunitarios, de religión natural al tenor de los recién descubiertos en el Nuevo Mundo y allí se ubica la inubicable *Utopía* de Sir Thomas More, Tomás Moro. Los humanistas, en fin, incluyen de manera eminente la corriente platónica y neoplatónica en la filosofía cuyos adalides fueron Marsilio Ficino y Giordano Bruno. Ficino y Bruno junto con Juan Pico della Mirandola, el gran

El espíritu humano es aquella cualidad noble que eleva al hombre por encima de sus necesidades animales, que acaso constituyen la mayor parte del ser y el quehacer humano.

*Los humanistas sueñan
con mundos distintos,
comunitarios, de religión
natural al tenor de los
recién descubiertos en el
Nuevo Mundo*

defensor de la dignidad del hombre y de su libertad en un contexto cristiano, conforman los tres hitos de la filosofía italiana del Renacimiento, inspiradores del humanismo nórdico de Erasmo de Rotterdam y de Tomás Moro.

Un ensayo biográfico sobre Tomás Moro, el gran humanista inglés, amigo personal de Erasmo, autor de *Utopía*, canciller de Enrique VIII y llevado injustamente al patíbulo por ese mismo rey, nos indica: "Moro continuará en Oxford el estudio del latín -lee ávidamente los clásicos- y consolidará el de la lógica formal y la retórica, ya iniciados en San Antonio y proseguidos en Lambeth" [Antonio Poch, "Estudio Preliminar a Tomás Moro", *Utopía*, Barcelona, Altaya, 1994, p.XII]. Son estos estudios y no los de Leyes, que fueron los estudios profesionales de Moro, los que se identifican en este contexto como estudios humanísticos. Más adelante dice el mismo biógrafo: "Como era [Moro] un pedagogo nato, y como la educación femenina fue una de sus preocupaciones constantes, emprende la de su mujer. Religiosa ante todos con la lectura de textos bíblicos; humanística, aprendiendo el latín para leerlo, escribirlo y hablarlo, y musical (laúd y espineta)" [Ibidem]. Se infiere de aquí que en el Renacimiento el humanismo tuvo mucho que ver con el culto a las lenguas clásicas. De Moro se dijo que era "un hombre de idiomas" y esta cualidad entre otras le sirvió para calificar como Canciller de Enrique VIII.

Al involucrar la posición filosófica de reevaluación del hombre y del mundo ocurrida en el Renacimiento en contraste con el ascetismo medieval, de un lado, el retorno, por otra parte, a la antigüedad griega y romana y el cultivo de las lenguas y las literaturas -otro nombre de los humanistas renacentistas fue el de *literati*- y la importancia del poeta para la cultura de los pueblos y naciones, como lo señalamos al comienzo, vale la pena observar que en la valoración de Home para la cultura griega el especialista germano Werner Jaeger afirma: "Cuenta Platón que era una opinión muy extendida en su tiempo la de que Homero había sido el educador de la Grecia toda [...]. La apasionada críti-

ca filosófica de Platón al tratar de limitar el influjo y la validez pedagógica de toda poesía, no logra conmover su dominio. La concepción del poeta

como educador de su pueblo -en el sentido más amplio y más profundo- fue familiar desde el origen y mantuvo constantemente su importancia" [W. Jaeger, *Paideia*, México, FCE, (1933), 1992, p. 48].

Una concepción académica y contemporánea de las Humanidades identifica a estas con lo que también se ha llamado Ciencias del Hombre y de la Sociedad o aún en la tradición alemana neokantiana representada por Rickert a fines del siglo anterior: con las Ciencias de la Cultura. Respetuosamente me aparto de estas identificaciones. Como ya lo expresaba, las Humanidades para mí no son necesariamente ciencias, aunque tampoco creo que el ejercicio de la ciencia, en particular la del hombre, inhiba la reflexión sobre el destino de este último, lo que constituiría justamente el elemento humanista de la ciencia positiva.

Por lo que tampoco las humanidades pueden ser necesariamente no racionalizantes o ajenas a la *raison raisonnée*. Me gustaría insistir, entonces, en que todo humanismo implica un salto al teatro de la condición humana y, por tanto, un aterrizaje en el escenario de la tragedia. Toda forma y porción de las humanidades gravita, como se dijo arriba, en las coordenadas propias del espíritu humano. Por tanto las humanidades comprenden el arte, la literatura, el estudio -no necesariamente la práctica- de las religiones, y, de manera suprema, la filosofía. Las ciencias sociales en tanto, en cuanto ellas permiten esfuerzos profundos de comprensión de la esencia genérica humana -y solo en esa medida y no como simples profesiones recolectoras de datos sobre el objeto hombre en el pasado o en el presente- hallan cabida en este honoroso horizonte.

He exaltado la filosofía como núcleo del quehacer humanístico. Pero este esfuerzo no haría justicia al concepto de humanidades que he tratado de establecer o de delimitar si omitiera la importancia de la historia o la conciencia de la importancia de la historia como decodificador del presente humano.





Sin historia es imposible acceder al meollo de la condición humana ni a la dimensión del espíritu humano desde un punto de vista racional. Una sociología p ramente sincrónica y negadora del valor de la historia, un ahistoricismo y un posible presentismo chato, sin perspectiva histórica, me parece que son muy claros indicios de concepciones instrumentalistas, positivistas y, bajo el capitalismo, muy probablemente mercantilistas del hombre y la sociedad, de la ciencia y de la técnica. El ahistoricismo es, para empezar, sospechoso. Y debe antes probarnos su inocencia para dejarlo pasar.

La piedra de toque del humanismo es para mí la historia, pero no como ejercicio de archivo, sonsacador de datos, sino como dimensión de pasado y perspectiva necesaria temporal de toda visión de una problemática actual.

Quisiera finalizar con una reflexión aristocrática en el sentido más griego de la palabra, es decir, que involucraría al grupo de **los mejores**: Vivimos hoy, al final del siglo XX, a cuatro escasos años del tercer milenio, en un mundo instrumentalizado, materialista en el peor sentido del término, tecnocrático, mercantil, positivista y supuestamente despreciativo de aquellas actividades centradas en el espíritu. Una de las más desafortunadas formas de este filisteísmo contemporáneo es la ideología neoliberal con sus dogmas de eficiencia, mercadocentrismo y privatización, es decir, mercantilismo a ultranza. Parecería que en este asedio histórico, totalmente enrarecido por la tecnocracia y el lucro, no hay campo o futuro para las humanidades o para el espíritu.

Pero no lo creo así. No hay hoy más filisteos que los que había en el siglo XIX durante la Revolución Industrial. O si tal fuera el caso, siempre habría el campo para los mejores, para los *aristoi*, para los caballeros de la *areté*,

de la virtud. Quiero decir con esto que el más reconcentrado especialista, el más absorbido científico en su labor, el más convencido profesional, el más aplicado trabajador de esta época, como de to-

das las épocas, cuando ha querido elevarse a una dimensión genérica e histórica -más allá de las banalidades del **record Guinness**- ha debido involucrar en su labor una consideración humanista, histórica y un dimensionamiento de su oficio en el terreno propio de las humanidades, para poder trascender la simple materialidad, la pura inmediatez y la chata mecanización de su quehacer específico, por más "eficiente" y aparentemente productivo que este pueda parecer a los ojos de la vulgaridad ambiente.

En conclusión, filisteos ha habido y siempre habrá. Pero los mejores nunca han alcanzado ni alcanzarán su nivel sin una buena y humana dosis de trascendencia.

Es todavía un placer leer un texto bien escrito. Y yo he tenido el placer de hacerlo en estos días en la obra de un colombiano en vía de olvido: Silvio Villegas. Quisiera dejar como epílogo este párrafo suyo escrito hace medio siglo a propósito de la obra de los poetas colombianos llamados la Generación o el Grupo de Piedra y Cielo:

"En medio del inmenso cataclismo que hoy conmueve al mundo no olvidemos nunca la obra que realizan los silenciosos arquitectos de la cultura. Encerrados en su celda los monjes de la Edad Media, mantuvieron intacto el tesoro de la sabiduría antigua contra las sucesivas invasiones de los bárbaros. Y en el propio campo de batalla de Waterloo dijo proféticamente Humboldt: "Perecen los imperios, pero un buen verso perdura". [Silvio Villegas, "La imitación de Goethe", en su *Obra Literaria*, Medellín, Ediciones Togilber, 1963, p. 253].

bojas Universitarias.....